



✠

**LOA
DEL
SOLDADO
DESCONOCIDO**

P O R

JUAN CARLOS BERNARDEZ

✠

I L U S T R A C I Ó N D E M A C A Y A

CAPITANO STEFANO SANJUST. — "Ma
che, non aver paura! Non sai che neanche il
dieci per cento dei soldati muore in guerra?"
SOLDATO. — "E bé, sior Capitano, ma se
fregano me, per me è il cento per cento..."

✠

Montoncito de podredumbre
ante quien nos descubrimos, más que nada, por costumbre,
yo que soy un poeta te lo vengo a decir:
este es el Mane Thecel Fares de la vida;
hay que llenar el Peso y la Medida;
para ser inmortal hay que morir.

Aunque tú ni siquiera eres un muerto,
el lugar que dejaste desierto
lo ocupó la sombra del *muerto legal*.
Eres sólo un extraño y un desconocido
tras de cuyo nombre puso la mención fatídica de *desaparecido*
un lápiz indiferente en una lista oficial.

Te agarraron como a una criatura,
te dieron una arma y te lanzaron a la Gran Aventura
— aventura sin tregua y sin cuartel, —
y algún Crisóstomos bélico y sonoro
te arrojó vibrante, sobre las guampas del toro,
en la gloria solar del redondel.

Pasado el ciclo de barbarie y amargura
se resúmian dos mil años de cultura
en "Yes, please...", "Usted disculpe...", "Ich bitte Sie...", "Pardon..."
Pero bastó un gesto precipitado:
la uña hizo saltar la tenue costra de dorado
y el *feld-grau* chocó con el *bleu-horizont*.

Como el rojo vino de una botella rota
gotearon tus seis litros de sangre, gota a gota,
ante el negro Moloch de la Gloria.
(¿Y quién oyó, ramita mustia,
el crujido agónico de tu pequeña angustia
quebrado por la férrea pata de la Victoria?)

Dime: ¿cuando la metralla te acribilló la barriga,
estabas de pie sobre el paisaje lunar de la trinchera enemiga
— Caín heroico frente al iracundo Caín fraternal, —
o se hundió en tu espalda el rayo azul de la bayoneta
mientras huías, bajo el tranquilo cielo violeta,
presa del miedo abyecto y animal?

Salud a ti, que no eres nadie ni nada,
incógnita ciega de nuestra Palabra Cruzada
ante quien se humilla la espada y el cañón retumba.
Salud a ti, a cuyo esqueleto dolorido
le fué negado el llanto amargo del ser querido
o el consuelo de un par de humildes flores sobre la tumba.

Y pienso, Héroe a la fuerza, que en aquel entonces
habrías cedido con gusto tus mármoles, tus bronce
y la simbólica soflama de alcohol,
para poder tomar, al precio de la *buena herida*,
el pálido camino de retorno a la Vida
donde tenías un nombre y un lugar bajo el sol...

En el fondo, soldadito, puedes estar satisfecho:
gracias a ti se alza de nuevo el gladio del Derecho
— del único derecho que no ha de prescribirse jamás: —
"Vae Victis", clama un eco,
desde el día en que el Antropópiteco
se plantó definitivamente sobre sus patas de atrás.

Gracias a ti fué posible la hermosa, la jocunda guerra:
mares de sangre fecundaron la vetusta tierra;
se abrió ancho campo a la prótesis y a la vivisección;
y si aun humean las ruinas de Occidente,
surgen nuevos mercados en Oriente
para tus automóviles, tus cañones y tus géneros de algodón.

Pero yo que te he acompañado en las bolgias de tus cuatro años de infierno,
saludo en ti al chivo expiatorio, a Juan Pueblo, al Cristo Eterno,
y a tus manos sin carne tiendo mi mano amiga.
¡Adiós! ¡Descansa en paz, oh sombra atormentada!
¡Adiós! Voy a plantar en el fecundo vientre de mi Amada
la semilla de sangre, que tal vez mañana te maldiga.